
Héctor Ceballos Garibay*

CRITICA A LA DEMOCRACIA
en el capitalismo real

Cualquier teoría social que tenga implicaciones políticas suele, al ponerse en práctica, sufrir fuertes modificaciones respecto de su paradigma original. Esto es así, en virtud de que una cosa es el modelo abstracto, y otra la aplicación de las ideas en las complejas variaciones de las realidades concretas.

Este es el caso de la utopía liberal, diseñada por Adam Smith en el siglo XVIII. Sus planteamientos económicos, fundamentados en el incipiente desarrollo del capitalismo industrial imaginaban el triunfo definitivo de una sociedad en donde, frente al corporativismo medieval predominara la libertad de los individuos con relación al Estado, y en la cual, la libre competencia desembocara en un “orden natural” autorregulado por el libre juego entre la oferta y la demanda de mercancías.

El resultado histórico surgido de la vida práctica de las sociedades capitalistas no fue, sin embargo, el concebido por los teóricos fundadores de la economía política. Por el contrario, en lugar de la armonía que supuestamente debió resultar de la libre competencia mercantil, sobrevinieron las crisis cíclicas y, en vez del predominio de la libertad individual frente a la injerencia perturbadora del Estado en la economía, a la larga se impuso la tendencia al fortalecimiento del Estado proteccionista, del capitalismo de Estado y del Estado Benefactor.

Al finalizar el siglo XIX y con el advenimiento del XX, las expectativas smithianas de que en la sociedad mercantil pudieran coexistir armó-

* Profesor de Historia y Economía Social de la FCPyS-UNAM.

nicamente la libre competencia, la aspiración al máximo provecho personal y la felicidad general de la sociedad, se convirtieron en simples ilusiones ideológicas. La cruda realidad mostró su verdadera cara: voracidad insaciable de los monopolios, explotación imperialista del mundo periférico y guerra mundial entre las potencias que luchaban por la conquista de los mercados.

El hecho de que haya sido la sociedad capitalista el espacio histórico en donde se instituyó por primera vez y con amplitud el sistema democrático moderno, no debe hacernos olvidar otra certeza incontrovertible: la contradicción que, en el marco de esta sociedad, se presenta entre la *igualdad política* (sufragio universal, respeto a los derechos humanos, etc.) y la *desigualdad social* (la existencia de una minoría opulenta y una mayoría pauperizada). Efectivamente, incluso en las épocas históricas de auge económico donde proliferan los sectores medios y disminuye la polarización social, resulta verdadero que las diferencias entre las clases sociales en lo que respecta al acceso a educación, alimentación, cultura, etc., repercuten en la forma inequitativa en como se distribuyen socialmente los bienes materiales y los derechos políticos.

El conjunto de privilegios y el enorme poder concentrado en manos de las élites hegemónicas, así como la creciente marginación social y política que padecen las “muchedumbres solitarias” (D. Riesman) en las sociedades capitalistas explica el hecho de que las *desigualdades sociales* se conviertan en fuente permanente de *diferenciación política*.

El desvirtuamiento que ha sufrido históricamente el proyecto democrático liberal vuelve necesaria la revisión crítica del funcionamiento general del sistema democrático en las sociedades del *capitalismo real*.

La “cruda realidad” (Bobbio) y el conjunto de paradojas y disfuncionalidades de la práctica democrática en los países capitalistas, se manifiestan en los siguientes puntos:

1) El creciente aumento del abstencionismo electoral que, en sociedades como la estadounidense, resulta en extremo preocupante,¹ sobre todo si se tiene en cuenta que la participación política de los ciudadanos se encuentra, en las democracias representativas imperantes, reducida prácticamente a la emisión periódica del voto.

Este crecimiento de la apatía política, si no detiene su marcha, puede poner en grave predicamento la respetabilidad de los gobiernos ema-

¹ El ex presidente Reagan fue elegido por sólo 26.7% y 29.8% de los votantes potenciales en 1980 y 1984, respectivamente. En las pasadas elecciones de 1988, que llevaron al poder a G. Bush, se produjo un abstencionismo superior a 50% del electorado. Cfr. *La Jornada*, 7/XI/88.

En relación con la administración pública, resulta evidente que el propio crecimiento de las sociedades modernas de masas, creadas según los parámetros ideológicos de la racionalidad técnica y científica, exige ampliar permanentemente el aparato burocrático, con la finalidad de satisfacer las ilimitadas demandas de servicios, emanadas de la sociedad civil. Estos enormes tentáculos burocráticos, que convierten la vida moderna en una gigantesca “jaula de hierro” (M. Weber), además de resultar en exceso onerosos para las finanzas públicas, conforman una estructura jerarquizada totalmente ajena a los procedimientos horizontales del juego democrático.

En referencia al poder de la tecnocracia, el problema no es menos inquietante. La división social del trabajo, con su extrema especialización y atomización del conocimiento, genera un proceso dual. Por un lado, aparecen los tecnócratas como una suerte de casta omnímoda que, apoyándose en un saber científico-técnico manejado con exclusividad, se encumbra en las altas esferas del poder político y económico desde donde toma decisiones trascendentales para la vida pública, sin que previamente se haya efectuado algún tipo de diálogo o consulta democrática. Por el otro, la masa de ciudadanos no sólo permanece excluida de la información y la educación ultraespecializadas, sino que también, dado el nulo control democrático que ejerce sobre los tecnócratas, constantemente está expuesta a padecer la manipulación política por parte de los “planificadores” y a sufrir las consecuencias de las decisiones elitistas de éstos.

La extrema gravedad de esta situación es más perceptible si aludimos al poder absoluto, espléndidamente satirizado por Stanley Kubrick en su película *Dr. Insólito*, que sobre el destino de la vida entera del planeta ejerce el reducido grupo de militares, científicos y políticos que decide sobre el uso bélico de la energía nuclear.

4) Uno de los más perniciosos problemas de las democracias capitalistas es la denominada “crisis de la representación democrática”. Con ella hacemos referencia a la creciente separación e incomunicación entre los electores y los gobernantes.

En efecto, dado que el sistema indirecto se sustenta en la representación fiduciaria, donde no vale la revocabilidad y el mandato imperativo que caracteriza al delegado de las democracias directas, se posibilita el surgimiento de enormes diferencias y hasta contradicciones entre los representantes y los representados. Puede decirse, entonces, que un problema político central de nuestro tiempo lo constituye el hecho de que los electores no se sienten suficientemente interpelados por los gobernantes.

dados del sufragio e, incluso, cuestionar la legitimidad del propio sistema democrático basado en la representación política indirecta.

2) Uno de los problemas esenciales de las democracias modernas consiste en la ostensible concentración del poder que ejercen las élites económicas, políticas y militares sobre el conjunto de la sociedad.

En efecto, a través de la utilización de cuantiosos recursos económicos, el control sobre los medios de comunicación de masas y la manipulación política que llevan a cabo los partidos políticos, se produce un creciente distanciamiento entre la masa de gobernados y las oligarquías mencionadas.

El poder hegemónico de las élites se reproduce mediante la puesta en práctica de un eficaz mecanismo de "fabricación del consenso", a través del cual, como lo explica Noam Chomsky,² la élite del poder consigue manipular y controlar políticamente el pensamiento y la conducta de los ciudadanos.

Asimismo, mediante la proliferación del *alfabetismo funcional*,³ la desinformación y el conformismo político que caracteriza a los hombres-masa de las sociedades tecnoburocráticas actuales el Estado y las élites consiguen más fácil un completo sometimiento de los sujetos pasivos y acríticos.

En este mismo sentido, no debe extrañarnos que al tiempo que aumenta la omnipotencia de la oligarquía, disminuye la capacidad de las masas dóciles y disciplinadas para vigilar y sancionar la actuación política de los dueños del poder. Esta antidemocrática situación explica la prevalencia de gobiernos plutocráticos⁴ que, al saberse todopoderosos, actúan arbitraria e impunemente.

3) En el seno de las democracias capitalistas existe una incesante proliferación de la burocracia y la tecnocracia. Esta realidad, al establecerse como un fenómeno constante, presupone la aparición de una suerte de "paradoja"⁵ entre la cual está por un lado, la necesidad que tienen las sociedades de aumentar el número de burócratas y tecnócratas y, por el otro, las dificultades que encuentran tales sociedades para ejercer un control democrático sobre esos dos cuerpos institucionales, cada vez más automatizados.

2 Cfr. N. Chomsky, *La quinta libertad*, Barcelona, ed. Grijalbo, 1988, p. 371.

3 El ex secretario de educación de los EEUU informó que el promedio de escolaridad de los estadounidenses es el equivalente al de *iletrados*, dado el extenso fenómeno del *alfabetismo funcional* existente en ese país. Cfr. *Uno más uno*, 14/V/87.

4 Baste un ejemplo de la simbiosis entre el poder económico y el político: en los EEUU, para ser candidato a la presidencia, se requiere aportar por lo menos unos 70 millones de dólares a la campaña electoral. Cfr. *Uno más uno*, 5/XI/88.

5 Cfr. N. Bobbio, *¿Qué socialismo?*, Barcelona, ed. Plaza Janes, 1978, pp. 90-93.

Otra cuestión nodal que agudiza la desconfianza de la masa votante respecto de sus representantes, es la funesta comprobación empírica de que, una vez en posesión del poder estatal, los gobernantes se olvidan de sus promesas electorales y hasta de los principios políticos de sus programas partidarios, concentrándose exclusivamente en el ejercicio de una política de *razón de Estado (Realpolitik)*.⁶

La política, en este sentido, se ha convertido en un oficio cada vez más profesionalizado en donde lo importante no es el servicio a la comunidad, sino el ejercicio del poder por el poder mismo.

Si abstraemos la retórica y la demagogia utilizadas por los políticos, lo único que subsiste de su actuación es la lógica del *mercado político*. Es decir, el predominio de un sistema cuyas reglas de acción se basan en: a) la existencia de partidos políticos "atrapa todo", cuyo único interés es conseguir el voto de los electores; y b) la presencia de programas electorales cada vez más ambiguos,⁷ donde no se delimitan opciones claras y alternativas, en virtud de que hay el riesgo de intimidar al mayoritario electorado pasivo y conformista; y c) la permanencia de la denominada "clase política", la cual, utilizando su bagaje teórico especializado, la estructura piramidal y burocratizada de los partidos políticos y las negociaciones clientelares de cúpula, continuamente reproduce su hegemonía y la imposición de sus intereses corporativos.⁸

5) Quizá uno de los problemas más agudos que enfrentan las democracias actuales, sin que hasta ahora se vislumbre remedio alguno, sea la presencia de lo que Bobbio denomina: *el poder invisible*.⁹ El politólogo italiano hace mención con ello a la existencia del enorme e ilegítimo poder, paralelo al del Estado, que concentran organizaciones ilegales como las mafias, las sociedades secretas, los organismos de inteligencia, los grupos paramilitares y los narcotraficantes.

El ideal de la transparencia, elemento indispensable de cualquier democracia, es constantemente vulnerado por estos organismos secretos que fincan buena parte de su poder en el delito y la corrupción.¹⁰ Lo

6 J. Ziegler ejemplifica con el caso francés esta acusada inconsecuencia recurrente en los partidos socialistas y socialdemócratas: Mitterand había prometido dismantelar el imperio galo en África pero, una vez llegado al poder, su política exterior se caracterizó por el reforzamiento del neocolonialismo en Chad, Zaire, Gabón, etc., y por el apoyo a dictadores como Mobutu y Hasan II. Cfr., *Viva el poder*, Madrid, ed. IEPALA, 1987.

7 En los Estados Unidos, por ejemplo, cada vez son menos las diferencias que existen entre el programa político del partido demócrata y el del partido republicano.

8 Prácticamente, en todas las sociedades democráticas se da la presencia de "familias políticas" que heredan los privilegios y el prestigio a sus descendientes. En los EEUU resulta paradigmático el caso de la familia Kennedy.

9 Cfr., N. Bobbio, *El futuro de la democracia*, México, ed. FCE, 1986, pp. 22, 23, 24.

10 La corrupción no sólo se manifiesta en los países premodernos y subdesarrollados, sino también en las naciones altamente industrializadas, como lo demuestran los continuos fraudes

más grave del caso no reside, sin embargo, en la esencia delictiva de sus actividades, sino en el hecho de que la mayoría de estas sociedades clandestinas han sido, de alguna manera, prohijadas por el propio poder gubernamental.¹¹

La complicidad de algunos gobiernos democráticos con las mafias es evidente, sobre todo si pensamos en el enorme poderío económico de los narcotraficantes (cuyos negocios aportan buena parte del Producto Nacional Bruto de países como Bolivia y Colombia), o en la compleja red de relaciones clientelares y corrupción política que mantienen altos funcionarios públicos por los magnates de la mafia.

Por otro lado, no puede soslayarse tampoco el hecho de que los propios gobiernos democráticos han desarrollado los tenebrosos laberintos de agencias de espías, contraespías y sociedades paramilitares con las cuales, por un lado, fiscalizan y reprimen a la oposición política interna y, por el otro, vigilan a los países considerados “enemigos”.

La actitud ilegal de los Estados democráticos que cuentan con alta capacidad militar llega, cada vez con mayor asiduidad, al extremo de que, para contrarrestar las acciones terroristas de los grupos políticos opositores, recurren a la represalia bélica indiscriminada. Esta actitud prepotente e intimidatoria tiene una denominación precisa: *terrorismo de Estado*.¹²

6) Las democracias capitalistas manifiestan la presencia progresiva de rasgos totalitarios, los cuales pueden identificarse en las actitudes políticas del Estado cuando vigila, registra y controla la vida privada de los ciudadanos. Para cumplir con esta misión político-policíaca extraconstitucional, los gobiernos utilizan los más sofisticados sistemas informáticos que les permiten archivar el historial básico (rasgos físicos, conducta política, hábitos, etc.) de millones de seres humanos.¹³

en Wall Street, la clandestina venta de armas por parte de las potencias bélicas, los sobornos que empresas como la Volkswagen, la Flick y la Recruit hacen a la clase política en Alemania y Japón. Además, se pueden citar los 225 funcionarios del gobierno de Reagan que fueron acusados de venta de influencias y deshonestidad, y los turbios negocios entre el Pentágono, miembros del Congreso y empresas contratistas de armas en los EEUU.

¹¹ Es conocido, a este respecto, la complicidad del Departamento de Estado de los EEUU en los intentos de asesinato y en las muertes de connotados políticos anticolonialistas del tercer mundo (Castro, Lumumba, Torrijos, etc.). Pero es el Irangate, a través del cual se promovió la venta ilegal de armas y drogas con el propósito de financiar a la contra nicaragüense, el ejemplo por excelencia de cómo la propia clase política puede, amparándose en la *razón del Estado*, violar su propia Constitución democrática.

¹² Los bombardeos realizados por los EEUU en Libia y las frecuentes incursiones militares del ejército israelí en contra de los campamentos palestinos, son elocuentes testimonios de ello. Terrorismo de Estado también lo constituye el sabotaje, ordenado por el gobierno francés, contra el buque *Rainbow Warrior*, propiedad del grupo ecologista Greenpeace, el cual vigilaba las pruebas atómicas galas en el Pacífico Sur.

¹³ Según denuncias presentadas por H.M. Enzensberger, en Weisbaden, R.F.A., existe el sis-

No únicamente el Estado interfiere e inspecciona la vida íntima de los individuos, también en los bancos, los grandes almacenes, las oficinas públicas y los centros de trabajo se introducen paulatinamente los modernos sistemas de *micro-video* (las telepantallas que recuerdan la escalofriante novela de G. Orwell), con el objetivo de vigilar permanentemente la conducta cotidiana de las personas.

Las agencias de inteligencia, los centros policíacos y hasta ciertas instituciones privadas como las casas de seguros, archivan en *microfilms* y *diskettes* de computadoras los datos particulares de ciudadanos sospechosos, de disidentes políticos, de delincuentes comunes y, cada vez más, de la gente común.¹⁴

En términos generales, se puede decir que el respeto a la libertad y privacidad de los individuos, garantizado en las constituciones democráticas, está siendo liquidado por la intromisión totalitaria del Estado. Ejemplos diversos de ello los tenemos en cuestiones como: la introducción en varios países europeos de la tarjeta de identidad; el registro computarizado que efectúan los centros policíacos de las licencias de manejo, los pasaportes, las tarjetas de trabajo, etc.; la represión y la expulsión de las minorías étnicas que estudian o buscan empleo en los grandes centros industriales;¹⁵ la exclusión y anatematización de los “locos” y los “desviados” de la normalidad institucional; y la violación e intervención de la correspondencia, los teléfonos y los domicilios por parte de los organismos de inteligencia del Estado.¹⁶

En las modernas sociedades tecnoburocráticas, donde los individuos padecen una vida automatizada y cosificada, el Estado democrático-autoritario ha sabido explotar muy bien el temor de la gente a los actos

tema policial informático más moderno del mundo. El Dr. Herold, creador del sistema, y el Estado alemán están en condiciones de saber, a través de sus monitores, cualquier dato privado o público de los ciudadanos. Cfr. *Migajas políticas*, Barcelona, ed. Anagrama, 1984, p. 78. En Inglaterra, la central de computadoras de Lisbun dispone, sólo para la ciudad de Londres, de información computarizada relacionada con 5 millones de individuos. Cfr. P. Birbaum, “La venganza de Bentham”, en *Los límites de la democracia*, Argentina, ed. Llagó, 1985, p. 69.

¹⁴ El FBI, por ejemplo, archiva diariamente un promedio de 400 mil investigaciones policíacas provenientes de 75 agencias policíacas de todo el mundo. Cfr. Max Fleur, “Control policíaco con tecnología”, *Excélsior*, 15/XI/88.

¹⁵ El racismo y la xenofobia existentes en las democracias capitalistas se manifiestan en: la marginación social que padecen los negros, indios y chicanos en los EEUU; la represión contra los negros que habitan en los barrios pobres de las ciudades inglesas (recuérdese el caso de Brixton); y la discriminación política y social de los turcos y armenios en Alemania (léase al respecto el libro de G. Walltraff) y de los yugoslavos en Suecia.

¹⁶ El historiador E.P. Thompson afirma que bajo el gobierno de M. Thatcher, Inglaterra es “. . . una de las naciones menos libres de Occidente: no cuentan con alguna ley que garantice la libertad de información, tampoco hay garantía a la inviolabilidad de la correspondencia, no existe protección contra las escuchas telefónicas, la prensa está asediada por múltiples leyes que protegen los secretos oficiales, se han recortado los derechos de reunión y manifestación pública, y la policía concentra día con día mayores poderes antidemocráticos”. Cfr. *Nuestras libertades y nuestras vidas*, Barcelona, ed. Crítica, 1987, p. 18.

terroristas.¹⁷ De esta forma, se ha producido un culto a la seguridad, en vez del antiguo culto liberal por la libertad. Los ciudadanos, atemorizados en exceso con el fantasma del terrorismo y con el miedo a la violencia criminal, desgraciadamente han preferido el fortalecimiento de un Estado policíaco-autoritario que proteja el orden público, en lugar del viejo Estado liberal-constitucional que defiende los derechos de los individuos y las minorías.

7) La democracia comúnmente ha sido identificada con el respeto a las libertades de pensamiento, expresión y disidencia. Por este motivo, la relación entre los intelectuales y el Estado suele evidenciar el grado mayor o menor de ejercicio concreto de la democracia. En este sentido uno puede apreciar, por ejemplo, que en sociedades como la estadounidense existe, por un lado, gran apertura y tolerancia a la crítica teórica y política (como lo demuestra la presencia de la obra de infinidad de autores clásicos de la *sociología crítica*: T. Veblen, D. Riesman, W. Mills, A. Gouldner, L.H. White; así como la existencia de un periodismo independiente), mientras que, por el otro, el Departamento de Estado utiliza la vieja ley Mc Carran-Walter, creada durante la funesta “cacería de brujas” macartista, para impedir la entrada al país de políticos de afiliación comunista, así como para expulsar, aduciendo razones de seguridad nacional, a los escritores de izquierda.¹⁸

La constante ambivalencia del Estado en relación con los intelectuales tiene una explicación muy concreta: mientras las críticas al sistema se circunscriben al medio académico-intelectual —sin que tengan en consecuencia un efecto subversivo en el seno de los movimientos políticos de los trabajadores— el Estado puede permitir y hasta auspiciar la presencia de la crítica, en tanto que evidencia concreta de su “liberalidad” democrática. Por el contrario, en la medida en que la libertad de información y las críticas adquieren una fuerte dimensión política contestataria, el Estado, como lo atestigua la represión en contra de los movimientos más radicales de los años 60 y 70, tiende a la utilización sistemática de la censura, la vigilancia y el encarcelamiento de la disidencia.¹⁹

¹⁷ En Inglaterra, con el pretexto de la lucha contra el Ejército Republicano Irlandés, el Estado se ha vuelto más autoritario: millares de personas han sido arrestadas, fichadas e interrogadas, de las cuales sólo un 2% fueron finalmente procesadas por terrorismo. Cfr. P. Birbaum, *op. cit.*, p. 65.

¹⁸ Los casos más recientes fueron las expulsiones de Angel Rama y Margaret Randall. La vigilancia que sufren los intelectuales no es de ahora: escritores como Hemingway, Faulkner, Dreiser, Wolfe, Sandburg, etc., fueron subrepticamente investigados por el FBI. Cfr. *Uno más uno*, I/X/87. Aunque en 1987 se derogó la citada ley, la intolerancia persiste: se le negó visa a Yasser Arafat cuando quiso hablar ante la Asamblea de la ONU.

¹⁹ Aparte de las constantes censuras a la BBC y a los medios impresos que intentan informar acerca de la represión realizada por el Estado inglés en Irlanda del Norte, también debe consta-

8) Según Giovanni Sartori,²⁰ los sistemas democráticos actuales se encuentran amenazados por la inexistencia de líderes políticos capaces y honrados que demuestren en la práctica su rango verdadero de estadistas. Ciertamente, en los últimos años, tanto las maquinarias partidistas como las oligarquías del poder se han equivocado en la elección de los aspirantes a ocupar los puestos ejecutivos. En este sentido, más que talento político o liderazgo genuino, lo que prevalece en la mayoría de las democracias capitalistas es la construcción publicitaria y artificial de “imágenes” políticas carismáticas con las cuales se pretende esconder la real mediocridad de los gobernantes en turno. La utilización de la imagen pública del candidato, como lo demuestra el “caso Reagan”, ha sido llevada adelante por los medios de comunicación, con el propósito de crear el perfil mítico del “hombre del momento” que el electorado demanda.

La carencia de grandes estadistas²¹ al mando de los gobiernos actuales revela, por consecuencia lógica, la funesta realidad de una comunidad política que no tiene la capacidad ni los medios apropiados para elegir a sus mejores ciudadanos políticos.

Efectivamente, en las modernas sociedades corporativas (donde predomina la intermediación de infinidad de instituciones de toda índole y no las relaciones directas entre los individuos), se presentan dos características que problematizan el ideal democrático: a) la presencia de oligarquías y tecnocracias que controlan el poder en todas sus dimensiones y b) la existencia de esas “mayorías morales”, homogeneizadas en el conformismo y la normopatía, las cuales parecen siempre dispuestas, como ya lo predecían con temor Tocqueville y J.S. Mill, a ejercer su tiranía política y moral sobre las minorías.²²

9) A pesar de la existencia formal del famoso equilibrio tripartita de poderes, la realidad de las sociedades democráticas nos muestra el creciente aumento del área de *discrecionalidad* del ejecutivo; es decir, paulatinamente los presidentes o los primeros ministros asumen posiciones que no encuentran contrapeso político alguno ni en los otros poderes ni menos aún en la sociedad civil. Este poderío omnímodo del ejecutivo se

tarse cómo, a través de la acción policíaca del MI-5 y de la *Special Branch* en contra de socialistas, pacifistas, ecologistas, etc., el gobierno de la Thatcher ha creado una sociedad con rasgos autoritarios que escapa al control del Parlamento. Cfr. *Proceso* 462, 9/IX/85.

²⁰ Cfr. G. Sartori, *Aspectos de la democracia*, México, ed. Limusa, 1956.

²¹ Muy distantes están los Reagan, Thatcher, Kohl, etc., de políticos de gran estatura como Glandstone, Wilson, Fd. Roosevelt, De Gaulle, etcétera.

²² Con el término “minorías” nos referimos a todos aquellos individuos que, debido a sus preferencias sexuales, políticas o culturales, continúan siendo marginados y hostilizados por las mayorías normativizadas de la sociedad.

manifiesta no sólo en periodos extraordinarios, por ejemplo en situaciones llamadas de excepción (guerras, catástrofes naturales, etc.), sino también en la vida cotidiana, a través de mecanismos diversos como: el derecho al veto presidencial, la cancelación u otorgamiento de subsidios, el control político de los medios de comunicación de masas, el privilegio enorme de conceder altos puestos públicos y la posición suprema que se tiene como jefe máximo de las fuerzas armadas.

10) Si bien es cierto que en la mayoría de los países democráticos se realizan elecciones libres y transparentes (donde se respetan las “reglas del juego”), existen algunas naciones, generalmente aquéllas con poco desarrollo económico y fuerte cultura patrimonialista, en donde los comicios se efectúan bajo coacción política, y en los cuales se alteran los resultados finales mediante el fraude electoral.

La vulneración de la voluntad popular, al igual que la prefabricación de elecciones amañadas donde se pretende legitimar a través del sufragio a algún dictador en turno, adolecen del defecto de nunca poder conseguir cabalmente sus propósitos: obtener el consenso político de los gobernados y ganarse el anhelado prestigio político de la comunidad internacional.

Dictadores como el recién depuesto Stroessner en Paraguay, o Suharto en Indonesia, permanentemente ganan (o solían hacerlo) todos los seudo-comicios electorales, gracias precisamente a la represión con la cual someten a sus respectivos pueblos.

Después de este somero repaso crítico, queremos insistir en el planteamiento de que las diversas lacras, paradojas y disfunciones mencionadas como fenómenos implícitos a la *práctica real* de las democracias capitalistas, no son responsabilidad del sistema democrático en cuanto tal. Más bien, son consecuencia de la forma concreta en como se desenvuelven y configuran las luchas y los conflictos económicos, políticos y culturales que caracterizan la vida diaria de la modernidad tecnoburocrática capitalista.

Este comentario no implica que las “reglas democráticas del juego” no puedan ni deban mejorarse y adaptarse a nuevas y más racionales relaciones sociales entre los seres humanos.